

POR DIEGO DE LA LLAVE GARCÍA

CATEDRAL PRIMADA DE ESPAÑA



En este año que empieza se celebra el octavo centenario del comienzo de la construcción de la Catedral Primada de España en Toledo. Esta efeméride invita a detenerse y contemplar uno de los proyectos arquitectónicos, religiosos y culturales más extraordinarios de la historia de España. Ocho centurias después de que fuera colocada la primera piedra, la catedral sigue siendo un elemento vertebrador de la antigua capital goda y un símbolo pleno de significados que trascienden, incluso, lo puramente religioso. El templo no es solo toda una obra maestra del estilo gótico, sino un testimonio material de las modas sucesivas, de la continuidad histórica y de la capacidad de una comunidad para reflejar en los sillares sus creencias espirituales, sus proyectos políticos y sus inquietudes culturales.

El inicio de las obras en 1226 se produjo en un contexto marcado por la consolidación del poder cristiano en la península, y por la emergencia completa del Reino de Castilla – que pronto se uniría al de León- como el más poderoso entre los reinos cristianos. Toledo, reconquistada en 1085 por Alfonso VI El Bravo, había mantenido durante más de un siglo un carácter singular como ciudad de marcada herencia visigoda y andalusí, además de como espacio de convivencia de tradiciones religiosas y culturales diversas. Esa complejidad cultural se reflejaba en su traza urbana, en su vida intelectual y en sus propios edificios religiosos. La antigua mezquita aljama, que fue transformada en catedral tras la conquista alfonsí, simbolizaba ese cambio de poder poco traumático, pero con el paso del tiempo se hizo evidente no respondía a las nuevas necesidades de inserción plena en la Cristiandad latina y gregoriana, ni tampoco a las ambiciones de la sede arzobispal más poderosa del mundo.

La decisión de levantar una catedral de nueva planta fue, por tanto, la conclusión natural de un proceso largo de maduración y transformación. No se trataba, únicamente, de sustituir un edificio por otro por los cambios en la moda artística, sino de redefinir el papel de Toledo como centro espiritual de Castilla. Reinando Fernando III El Santo, y con el decisivo el impulso del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, héroe de las Navas, la catedral se concibió como un proyecto de amplio alcance destinado a ejemplificar la primacía eclesiástica de Toledo, y a situarla en un diálogo de igualdad con las grandes sedes episcopales de allende los Pirineos. Jiménez de Rada, consciente de la oportunidad de poder simbólico que ofrecía la arquitectura, comprendió que el nuevo templo debía ser toda una declaración de intereses. Una obra que hablara tanto del presente de su sede, como del futuro de la misma.

El 14 de agosto de 1226, al colocarse la primera piedra, dio comienzo una empresa que se sabía sería prolongada en el tiempo, y de carácter intergeneracional. Como en otras grandes catedrales medievales, quienes impulsaron el proyecto sabían de seguro que no llegarían a ver la obra concluida. Quizás choque a nuestra mentalidad tan necesitada de inmediatez y resultados cortoplacistas, pero dice mucho de una cosmovisión medieval que veía las grandes empresas como deberes comunitarios, pasados de generación en generación, y abiertas a transformaciones y enriquecimientos ulteriores según las necesidades y gustos. El mantenimiento del edificio de la mezquita aljama no hubiera hecho posible esto.

La elección del estilo gótico, en un momento en el que, incluso, en lugares de la hoy provincia de Jaén se seguía construyendo con un lenguaje románico, fue una apuesta clara por lo más vanguardista y puntero del siglo XIII. Procedente de Francia, al igual que el románico –pero sin olvidar la influencia de los precedentes «prerrománicos» hispanos-, el gótico permitía construir templos más altos e iluminados merced al desarrollo de bóvedas de crucería y ampulosos arbotantes. En el caso toledano, este estilo fue reinterpretado y adaptado a las necesidades locales, dando lugar a una construcción que combina aquellas influencias foráneas con soluciones propias fruto de la interpretación de ese lenguaje gótico. La planta de cinco naves, la amplitud del espacio interior y la presencia de un crucero discreto en longitud configuran una catedral equilibrada, concebida tanto para la solemnidad del oficio litúrgico como para los recientes gustos devocionales que apuntaban la experiencia sensorial del fiel, y rezos al margen del contexto sacrificial.

La luz, como toda iglesia gótica que se precie, ocupa un lugar central en el intento por dar un anticipo a la Jerusalén del Cielo. Filtrada a través de las vidrieras que ahora sustituían a los macizos muros del románico, transforma el interior del templo y acompaña los ritmos del día, generando una atmósfera cambiante que refuerza todo el simbolismo religioso. La luz era una manifestación de lo divino y los templos, sin perder su función catequética del estilo anterior, debían ser espacios visibles de esta presencia. En la Catedral de

Toledo la luz se convierte en un elemento estructural del espacio mismo, capaz de guiar la mirada del fiel y provocar un fuerte sentimiento de elevación a lo trascendental.

El tiempo de construcción se extendió a lo largo de varios siglos, atravesando momentos históricos muy dispares. Durante ese tiempo, la catedral fue creciendo y transformándose, incorporando nuevos elementos y adaptándose a los gustos artísticos y a los cambios litúrgicos que se iban produciendo. La sucesión de maestros de obra, artesanos y artistas comportó una pluralidad de sensibilidades que conviven manteniendo la coherencia del conjunto. Esa agregación de tiempos y gustos es una de las características más fascinantes del edificio, permitiendo leer en sus muros, para el que posee ojos curiosos, la historia misma de la capital espiritual de España.

Según pasaban los siglos, la catedral fue acumulando un patrimonio artístico excepcional que se sumaba a la riqueza del edificio per se. Retablos monumentales, esculturas funerarias, rejas de finura deliciosa, tapices, pintura y objetos litúrgicos conforman un conjunto que muestra el papel de la catedral como centro de un poder episcopal que, a su vez, llevaba a cabo acciones de mecenazgo. La presencia de artistas de primer nivel como, entre ellos, El Greco, contribuyó a reforzar la dimensión cultural del templo en los tiempos más recientes de revalorización material del patrimonio, y permitió situar a la catedral en las rutas artísticas europeas. En ese sentido, la catedral no solo es un lugar sagrado de culto, sino también un lugar de creación artística y conservación de la memoria de modas y gustos.

Asimismo, la Catedral de Toledo fue escenario de acontecimientos históricos de importante relevancia. En su interior, se celebraron concilios provinciales, ceremonias regias y actos solemnes que marcaron el devenir político y religioso de la Corona de Castilla. Como sede del arzobispo primado, ejerció durante siglos una influencia que trascendía el ámbito local y se proyectaba sobre toda España. Esa autoridad espiritual convirtió a la catedral en una referencia, estrechamente vinculada a la institución monárquica y a la construcción del Estado moderno.

No obstante, más allá de los grandes acontecimientos, la catedral ha estado siempre ligada a la vida cotidiana de la ciudad, y a su intrahistoria. En ella se han celebrado las festividades religiosas, los ritos de paso y las expresiones de religiosidad popular que han conformado la identidad toledana. Generaciones de habitantes han percibido la catedral como un espacio cercano, integrado en su experiencia vital de forma natural, más allá de su monumentalidad. Esa dimensión humana explica, en buena medida, la conservación del edificio y su todavía significativo papel en el presente.

El pasar de los siglos ha planteado retos constantes a los conservadores. La magnitud y complejidad del edificio exigen una atención permanente y un continuo reflexionar sobre cómo intervenir en él sin modificar su esencia. El octavo centenario invita a pensar en la responsabilidad colectiva de preservar este legado, no solo como herencia del pasado, sino como un bien destinado a permanecer en las futuras generaciones. En un contexto marcado por el turismo masivo y por nuevas sensibilidades patrimoniales, debemos estar atentos ante cualquier alteración innecesaria.

Ochocientos años después de que se colocara la primera piedra, la Catedral de Toledo sigue en pie, dominando la ciudad y en diálogo constante con su propia historia. Su presencia no es solo recuerdo del pasado, sino una invitación a reflexionar sobre lo que permanece, y porqué debe permanecer y transmitirse. El octavo centenario no debe ser solo una celebración de los orígenes, sino una afirmación de una herencia que sigue viva y que continúa definiendo, de manera honda y reverencial, la identidad de Toledo y, por añadidura, de España misma.